

por todas las calles comenzaron á cruzar wagones cargados de cofres, grandes cajas y toda clase de efectos que se conducian á Danville por orden del Gobierno, y todos los que vieron esto hicieron entonces sus preparativos para abandonar inmediatamente la ciudad. El precio de los vehículos subió de pronto de una manera exorbitante, y llegaron á pagarse diez, quince y hasta cien duros, en oro ó papel del Gobierno federal, por el carro mas insignificante. De repente, y como por arte de encantamiento, vióse aparecer por diversas calles una multitud de hombres, detrás de los cuales caminaban esclavos negros, llevando baules, fardos y equipajes de todas clases; el número de fugitivos era cada vez mas numeroso, y se atropellaban unos á otros por tomar la delantera para abandonar antes la ciudad. Todos los Bancos de Richmond se abrieron al momento, y los imponentes se apresuraron á sacar sus fondos, mientras los directores se ocupaban en recoger sus documentos y papeles mas importantes. Miles de duros en papel moneda fueron quemados en aquella ocasion, y cuando llegó la noche, reinaba una confusion tan espantosa en la ciudad, que ningun habitante pudo entregarse al sueño.

» El Consejo de la Confederacion se habia reunido por la tarde, y acordó que se inutilizasen todos los licores que hubiese en la ciudad, á fin de evitar los desórdenes que pudieran causar los que abusasen de las bebidas espirituosas. Á eso de la media noche comenzó la obra de destruccion, dirigida por Comités de los principales ciudadanos; muchos centenares de toneles fueron sacados á la calle, y abiertas las espitas, dejóse correr libremente el contenido; magníficas cajas llenas de botellas de toda clase de licores fueron arrojadas á la calle desde los pisos mas altos, pero en medio de toda esta destruccion

no se pudo evitar que algunos merodeadores y gentes de mal vivir se apoderasen de varios frascos y botellas, y abusasen de la bebida. Desde aquel momento comenzó á reinar el mas espantoso desorden y se cometieron toda clase de violencias; muchos almacenes fueron saqueados; á los dueños de algunas casas se les robó impunemente cuanto tenian, y los gritos y los lamentos de las víctimas contribuyeron á la confusion que reinaba en la ciudad.

» Pero aun debian aumentarse los horrores de aquella escena: el general Ewell habia espedido una orden para que se pegara fuego á las cuatro principales fábricas de tabaco de la ciudad, y aunque á última hora se organizó un Comité de ciudadanos á fin de protestar contra semejante medida, que iba á causar graves perjuicios á una parte del comercio de Richmond, no se quisieron escuchar de ningun modo las observaciones de los reclamantes, y los ciudadanos hubieron de someterse á la fuerza, aun cuando se trataba de la destruccion de sus bienes. Así, pues, los almacenes fueron quemados; los buques que habia en el puerto, entre los cuales se contaba el *Patricio Enrique*, de reciente construccion, quedaron reducidos á cenizas, y no dejó, en fin, de inutilizarse hasta el mas insignificante barco de los que se hallaban en el muelle de Richmond. Los puentes que habia fuera de la ciudad sufrieron la misma suerte: el de Danville, el de Petersburg, y el de Mayo, que se comunicaba con Manchester y servia para cruzar á la orilla opuesta del Jacobo, fueron todos pasto de las llamas.

» Por la mañana ofrecióse á la vista del espectador una escena que difícilmente se podia olvidar. El ronco fragor de los edificios que se desplomaban; el rojizo resplandor de las llamas que iluminaban la ciudad

entera; los hombres que corrian de un punto á otro, semejantes á una legion de demonios, en medio de las espesas nubes de humo que envolvian los objetos, todo, en fin, formaba un conjunto imponente que hubiera impuesto pavor al mas escéptico y que no basta nuestra pluma para describir.

» Centenares de carros cargados de tocino, harina y aguardiente, pasaban á escape por las calles para ir á reunirse con la refaguardia del ejército, y cerca de los depósitos de víveres, veíase una multitud hambrienta, de hombres, mujeres y niños, que provistos de sacos y cestas, esperaban ansiosos que se abrieran las puertas para apoderarse de todo aquello que los fugitivos no se habian podido llevar. Al rayar la aurora, abriéronse los depósitos, y lanzando un grito que atronó el espacio, penetró en ellos la multitud, que en pocos minutos hizo desaparecer las inmensas cantidades de tocino, harina y otros comestibles puestos á su disposicion por orden del Gobierno.»

Las líneas que tenian los federales frente á Richmond, por la parte Norte del Jacobo, estaban ocupadas por el general Weitzel y las divisiones de Kautz, Ashborne y Thomas, cuyos jefes debian simular repetidos ataques á fin de que, creyendo el enemigo que se iba á dar el asalto, concentrase por aquel punto sus fuerzas, mientras el resto del ejército atacaria realmente al enemigo por la parte de Petersburg. Estas instrucciones fueron cumplidas al pié de la letra, aun cuando se supo que el general Longstreet, comprendiendo sin duda la estrategia de Grant, habia marchado con parte de sus fuerzas en auxilio de Lee. Weitzel, no obstante, persistió en simular sus ataques, y á no dudar, estaba muy lejos de sospechar que las tropas confederadas iban abandonando poco á poco sus obras de defensa

para ir á reunirse con el resto del ejército, que se retiraba apresuradamente. En la madrugada del 2 de abril, sin embar- 1865.  
go, y cuando la mayor parte de las tropas se hallaba entregada al reposo, el general Weitzel, que vigilaba aun atentamente, oyó el estruendo de las esplosiones que se repetian á cada momento, y habiéndole llamado esto la atencion, mandó al teniente Depeyster que subiera á la torre de señales, cuya elevacion era de setenta piés, para ver lo que pasaba. El oficial bajó al poco tiempo y manifestó que se veia un gran resplandor en la direccion de Richmond, pero que no podia asegurarse si aquel provenia ó no de un incendio. Entonces, y deseando á toda costa salir de dudas, tratóse de sorprender algun piquete del enemigo, lo cual se consiguió á eso de las tres de la madrugada, mas no se pudo con esto averiguar lo que sucedia, pues los soldados dijeron que no sabian dónde estaba su regimiento ni su jefe. El general Shepley, del estado mayor de Weitzel, dedujo entonces que los separatistas estaban evacuando á Richmond, y en efecto, media hora despues, confirmóse esta conjetura por un desertor y un negro que se presentaron en las líneas de los federales. Sin embargo, era preciso proceder con la mayor prudencia, y se creyó oportuno esperar la llegada del dia para poner á las tropas en movimiento, pues sabíase de cierto que los separatistas habian sembrado el camino de balas esplosivas y otros proyectiles inflamables, y hubiera sido muy peligroso emprender la marcha en medio de la oscuridad.

Por fin amaneció, y entonces el general Weitzel dió la orden de avanzar á todas sus tropas, que á poco invadieron las abandonadas líneas del enemigo. El jefe unionista no pudo menos de admirar aquellas obras de defensa, casi inespugnables, por su sólida é

ingeniosa construcción; todos se convencieron entonces de que el tomarlas hubiera costado mucha sangre, y desde luego se comprendió que las pérdidas de los sitiadores habrían sido al fin diez veces mayores que las de los sitiados.

A las seis de la mañana, el general Weitzel, seguido de su estado mayor y de sus tropas, penetró en los primeros arrabales de la ciudad, iluminada aun con los resplandores del incendio, y pocos momentos después la bandera de la Unión ondeaba en el Capitolio, donde el Congreso Confederado había celebrado sus sesiones desde el mes de julio de 1861. Entusiastas aclamaciones saludaron la aparición de aquella insignia que anunciaba el triunfo de los unionistas. Mr. Jefferson Davis había abandonado la ciudad el día anterior, seguido de casi toda la oficialidad y de los miembros del Congreso, así como también de Mr. Guillermo Smith, gobernador de Virginia, y por lo tanto, se efectuó la ocupación sin la menor resistencia. Muy lejos de esto, hubo seguramente muchos que recibieron á los federales como libertadores, si bien no faltarian en cambio otros que hubieran preferido ver entrar en Richmond á los federales como prisioneros de guerra.

Según era de esperar, lo primero que se hizo fué adoptar las medidas más oportunas para restablecer el orden: al general Shepley se le nombró gobernador, y al teniente coronel Manning preboste; cortáronse los incendios con toda la rapidez posible, y se dictaron, en fin, cuantas disposiciones parecieron más urgentes para que la ciudad adquiriese la tranquilidad interrumpida algunas horas antes. La conflagración había causado grandes destrozos en Richmond, pues sin contar los almacenes y depósitos, la casa de correos, las oficinas del Tesoro, las de los principales bancos, las redacciones de los pe-

riódicos, y en fin, todos los edificios más notables, se hallaban reducidos á un informe montón de ruinas. Las pérdidas de los particulares debían ascender también á muchos millones de duros, pues quedó completamente destruida una tercera parte de la ciudad; la prisión de Libby, el castillo de Thunder y la fundición de hierro de Tredegar, no sufrieron en lo más mínimo, á pesar de hallarse situados en el punto donde más estragos hizo el devorador elemento. Toda esta destrucción no impidió que los unionistas se hicieran dueños de un rico botín: el número de prisioneros ascendía á mil, incluso los enfermos que se hallaron en los hospitales, y además se cogieron quinientas piezas de artillería, cinco mil armas de todas clases, treinta locomotoras, trescientos carros cargados de municiones, y otros muchos efectos de campaña.

Algunas horas después de haber ocupado el ejército la capital de la Confederación, había circulado ya por todo el país la noticia de la toma de Richmond, y bien pronto la confirmaron los telegramas del Presidente Lincoln, que se hallaba entonces en City Point, y del Secretario de la Guerra, que estaba en Washington. Las oficinas públicas se cerraron inmediatamente, suspendiéronse los negocios, y todos aquellos que tenían motivos para celebrar el triunfo de la causa nacional, y que deseaban con ansia que se terminase la guerra, solo se ocuparon desde aquel momento en adquirir noticias, sin dudar por un momento que la toma de Richmond era el golpe de muerte para la Confederación. En Nueva-York se llenaron al momento de gente todas las calles; á cada paso se encontraban animados grupos que con ávida curiosidad escuchaban atentos la lectura de los últimos despachos y telegramas que se acababan de recibir; en las

iglesias de la Trinidad y de San Pablo comenzaron á repicar las campanas alegremente, y en una palabra, diremos que en todas las grandes ciudades de la Unión sucedió poco más ó menos lo mismo. La alegría era universal, y se quiso celebrar el fausto acontecimiento con públicos regocijos, sin que nadie pensara en vengar antiguas injurias de aquellos á quienes una loca ambición había inducido á combatir contra la República y el Gobierno.

Precisamente el lunes, 3 de abril, era el día señalado para las elecciones de Connecticut, uno de los Estados donde siempre se presentó más fuerte la oposición, pero el último triunfo de los unionistas debía asegurar también la victoria del Gobierno, é inútil parece decir, que tanto en Connecticut como en los demás puntos triunfó el partido republicano por una gran mayoría.

Como era de esperar, los separatistas abandonaron á Petersburg al mismo tiempo que se efectuaba la evacuación de Richmond, y esto con tal sigilo, que los piquetes federales que se hallaban á un tiro de la ciudad no se apercibieron del movimiento, pues no hubo incendios ni explosiones que dieran á conocer la retirada de las tropas. Los unionistas penetraron luego en Petersburg sin oposición alguna, pero en cambio se les hizo un recibimiento muy frío, y solo los negros contestaron con alegres aclamaciones á los gritos de triunfo del vencedor.

Entre tanto, los hombres de gobierno de la Confederación se dirigían hácia Danville, en cuyo punto pensaba concentrarse Lee con el resto de su ejército cuando se hubiese reunido con las fuerzas del general Johnston, pues de este modo se podría, cuando menos, oponer una enérgica resistencia al enemigo si persistía en la persecución. Entonces fué cuando Grant, de cuya capacidad militar dudaban

muchos, probó de una manera irrecusable que era un entendido general, y que no en vano había puesto en él toda su confianza el Gobierno: el jefe unionista comprendió desde luego que atacando de frente á Lee, le hubiera obligado á concentrarse antes en Lynchburg ó Danville, y como precisamente era esto lo que quería evitar, resolvió tomarle la delantera, á fin de cortar toda retirada al ejército enemigo, que no contaba ya para su defensa con los formidables atrinchamientos de Richmond ó Petersburg. El general Grant había tomado, pues, sus disposiciones, y ya veremos luego por su resultado cuán acertadas fueron, y cuán oportunas para acabar de una vez la guerra con la Confederación.

El ejército separatista, reducido por sus numerosas pérdidas y sus deserciones á un efectivo de treinta y cinco mil hombres á lo más, había llegado entre tanto á Chesterfield, y desde este punto se dirigió rápidamente hácia Amelia, donde el general Lee pensaba encontrar víveres que había mandado pedir á Danville, pero no habiendo llegado aquellos por haberse empleado los carros para conducir á los fugitivos que abandonaban á Richmond, viéronse las fatigadas tropas privadas hasta del alimento, en un país donde escaseaban los artículos de primera necesidad. Así pues, mientras Lee perdía dos días en Chesterfield, esforzándose por encontrar algunos víveres para sus hambrientos soldados, Sheridan, avanzando rápidamente por el Sur de Amelia, acababa de ocupar el camino de hierro de Danville por la parte de Jetersville, después de dispersar á su paso algunas partidas sueltas de la caballería que había tomado parte en la batalla de Five Forks. Sheridan concentró sus tropas en Jetersville, dispuso que se atrinchera la infantería, y apoyada esta por la

caballería, preparóse á cerrar el paso á Lee, hasta que llegaran Grant y Meade, para aniquilar de una vez al ejército enemigo.

Este último jefe no llegó hasta el 5 de abril, en cuyo día se hallaba aun Lee en Amelia, y á esta circunstancia se debió principalmente que los víveres recogidos en Lynchburg y Danville para el ejército separatista, fueran interceptados por los federales, que de este modo privaban á sus enemigos del socorro mas necesario.

El general Lee salió de Amelia á la caída de la tarde del día 5 y se dirigió directamente hácia Farmville, á fin de cruzar el Appomattox y ponerse, si era posible, fuera del alcance de sus perseguidores, pero segun veremos, este plan no se debia realizar. El general Davies habia alcanzado en el camino de Paine los trenes del general Lee, y despues de destruir ciento ochenta wagoes, se apoderó de cinco piezas de artillería, á pesar de que las primeras avanzadas del ejército separatista trataron, aunque inútilmente, de cercar á la caballería federal. Reforzada esta á poco por las brigadas de Gregg y Smith, obligó al enemigo á retroceder, y entonces los unionistas se retiraron á Jetersville, donde estaba ya concentrado casi todo el ejército. En la mañana del día siguiente, 6 de abril, los generales Sheridan y Meade se lanzaron de nuevo en persecucion de los confederados con mas actividad que nunca. La division Crook avanzó rápidamente hácia Deatonville, á cuyo punto habia llegado poco antes el general Lee, y aunque éste contaba con fuerzas mas numerosas, Crook le atacó sin vacilar, solo con el objeto de entretenerle hasta que vinieran las demás tropas. El resultado no era dudoso: Crook fué rechazado desde luego, pero entre tanto llegó una division de caballería, á las órdenes de Custer, y reunidas estas fuerzas, consiguie-

ron romper la línea de los confederados, cogiendo muchos prisioneros y diez y seis piezas de artillería. De este modo, el cuerpo de ejército del general Ewell quedó separado del de Lee, y su vanguardia se vió atacada de improviso por el coronel Stagg, en cuyo auxilio llegó á poco la division del general Seymour. Ewell opuso una vigorosa resistencia, y la infantería federal fué rechazada al principio, sufriendo pérdidas considerables, pero las fuerzas enemigas eran tan numerosas, que los intrépidos veteranos de Ewell, cercados y acosados por todos los puntos á la vez, y sin esperanza alguna de salvarse, arrojaron sus armas y se rindieron. El mismo Ewell y otros cuatro generales se hallaban éntre los prisioneros, cuyo número ascendia á seis mil.

Mientras los separatistas eran batidos por este punto, el general Ord, que habia salido poco antes de Jetersville, alcanzaba á la columna del general Lee, cerca de Farmville, en el momento en que se disponia á cruzar el rio. La vanguardia de Ord, compuesta de dos regimientos de infantería y un escuadron de caballería, á las órdenes del brigadier general Teodoro Read, atacó resueltamente á los confederados con el objeto de entorpecer su marcha, y hasta intentó cortar los puentes, pero aquellos se arrojaron tan furiosamente sobre sus enemigos, que les obligaron á retroceder en el mayor desórden, causándoles numerosos muertos, entre los cuales se contaba el mismo Read. Este ataque retrasó algun tanto la marcha del ejército separatista, mas no impidió que Lee cruzara al día siguiente el Appomattox por Farmville, y habiendo caminado durante toda la noche, dejó muy atrás á sus perseguidores. Por desgracia para los fugitivos, los mas de ellos estaban estenuados de hambre y cansancio; los caballos caian muertos á cada paso; de

un momento á otro iba á ser necesario abandonar una parte de la artillería, y así es que mientras la vanguardia se hallaba ya á mucha distancia del rio, la retaguardia no habia cruzado aun á la orilla opuesta.

Durante la noche del 6, la mayor parte de los jefes y oficiales del ejército fugitivo se reunió para discutir acerca de su desesperada situacion, y todos convinieron unánimemente en que era preciso capitular. El general Lee no estuvo presente en aquella reunion, pero el general Pendleton se encargó de comunicarle el acuerdo de aquel consejo de guerra.

Mientras sucedia esto, el general Grant, como si quisiera evitar á Lee la humillacion de proponer condiciones para rendirse, enviaba al general confederado la siguiente carta:

«Farmville 7 de abril de 1865.

»Al general Lee:

»General: los acontecimientos de la semana última deben bastar para convenceros que seria completamente inútil seguir oponiendo resistencia en esta lucha con los restos de vuestro ejército de la Virginia del Norte. Persuadido de esto, considero como un deber evitar toda responsabilidad por la sangre que pudiera aun verterse, y por lo tanto me apresuro á proponeros la rendicion de la parte del ejército que se halla á vuestras órdenes.

»Con este motivo se ofrece respetuosamente como vuestro afectísimo servidor,

»El teniente general de los ejércitos de la Union,

»Ulises Grant.»

Lee recibió esta carta por la noche, precisamente cuando el general Humphreys acababa de hacer alto á cuatro ó cinco millas de Farmville, en cuyo punto se habian atrin-

cherado los separatistas levantando varias baterías que dominaban el camino de Lynchburg, de tal modo, que habria sido muy peligroso para los federales avanzar de frente al ataque de aquella nueva posicion. Humphreys trató de dar un rodeo para sorprender al enemigo por su retaguardia, mas no contando con suficientes fuerzas para esto, dispuso que el general Miles atacara por el flanco derecho mientras él trataba de distraer á Lee por el centro. Sucedió lo que era de esperar: los unionistas fueron rechazados con una pérdida de seiscientos hombres, y hubo que lamentar la muerte del brigadier general Smith y del mayor Mills, sin contar que otros varios jefes de distincion quedaron gravemente heridos. Cuando los federales volvieron á tomar posicion, era ya demasiado tarde para acometer de nuevo al enemigo, y entonces Lee, aprovechando la oscuridad, continuó su retirada, no sin enviar antes á Grant la contestacion á su carta, concebida en estos términos:

«7 de abril de 1865.

»General: he recibido vuestra carta de ayer. Aunque no estoy en un todo conforme con vuestro parecer respecto á la imposibilidad de resistirme por mas tiempo con mi ejército de Virginia, deseo no obstante como vos, evitar una inútil efusion de sangre. Así pues, antes de tomar en cuenta vuestra proposicion, tened la bondad de manifestarme cuáles serian vuestras condiciones si me rindiese con mi ejército.

»R. Lee.

»Al teniente general Ulises Grant.»

Á esta carta contestó en el acto el general Grant con la siguiente:

«Al general R. Lee.

»General: acabo de recibir vuestra carta